

ceme una voz suave que me dice: Recuerda.

Me invade una tristeza! Todos los lugares, las personas y las cosas idas, que descansan en el cementerio del pasado, las siento ir flotando sobre ese viento que pasa envolviendo mi casa en el misterio de su murmullo, agitando las ramas de los árboles y llamando á las puertas y á las ventanas, despertando á las almas que lo sienten. Aquí estoy otra vez, les dice, pero ni vosotros ni yo, somos los mismos. El tiempo ha pasado y ha dejado caer sobre nosotros tantas tristezas y tan pocas alegrías! Muchas de las ilusiones que florecían en vuestras frentes, se han deshecho en polvo como las flores cuyas corolas se inclinaron para saludarme el año pasado. Sí, hechos polvo llevo ahora en mi seno, cantos de pájaros, vuelos de mariposas, sonrisas dulces y miradas luminosas!

¡Ah, todo pasa, todo pasa, y vosotros pasaréis también y llegará un verano en que yo regresaré y no os encontraré. Quizá entonces, cuando recorra este mismo lugar, llevaré un poco del polvo que os formó!

Otros serán los oídos que me oirán, otros los rostros que acariciará mi soplo, otros los árboles que se inclinarán á mi paso.

Sólo los campos de estrellas bajo los cuales ondulo ahora, serán los que encontraré por miles de siglos á mi retorno. Ellas serán las únicas viejas amigas que me darán desde arriba su brillante bienvenida.

Sí; cada vez que yo vuelva, las hallaré dejando caer sus besos áureos sobre la tierra.

Ellas vendrán á hacer coro con su canto silencioso que sólo sienten las almas escogidas y mi música grave de órgano las acompañará. Ellas cantarán:

Han pasado, han pasado y esos que ahora se agitan pasarán también.

¡Oh viento! Tu pasas ahora doblando espigas, agitando corolas y abriendo surcos en los zacatales altos, que en el próximo verano serán pajarillos cantadores—que irán como alegrías flo-

tando en tu regazo—abejas doradas, mariposas policromas, ternerillos juguetones—que abatirán sus orejitas cuando pases con tu soplo que los asusta—y telas albas que cubrirán los altares, ó serán sudarios ó serán pañales ó estarán bien dobladas, olorosas á reseda ó á raíz de violeta, en el cofre de la joven campesina próxima á desposarse. Llevas en tí átomos de ojos que nos han contemplado soñadores é interrogantes; ojos que se cerraron sin saber lo que les decía nuestro lenguaje de luz.

El rayito de alguna muy lejana susurrará: cuando yo salí de allá... como una palabra de oro que fluyera de los labios de mi dueña, había un par de ojos jóvenes y bellos que miraban hacia arriba. Mientras duró mi viaje ellos se hicieron viejos, apagados... se cerraron un día... Yo llego ahora y ellos van en los pliegues de tu manto susurrante, en forma de polvo!

Hoy á medio día me asomé á una ventana que da al campo y todo lo vi como si estuviera de fiesta.

Es el verano que regresa con su cielo azul, su viento tan loco y tan triste, sus pájaros, sus mariposas y las cigarras que aturden, en los barrancos. Las montañas sonreían con una deliciosa sonrisita azulina al sentir el baño de luz que como una bendición les venía de lo alto; sólo en algunos sitios se levantaban nubecillas blancas y tenues. Unos niños que jugaban en un potrero, palmoteaban y decían á gritos señalándolas: «son nubecitas que bajan á la montaña á beber agua». Estaban encantadores los chiquillos esos con sus caritas sonrosadas, vestidos de claro. Yo deseaba besarlos á todos y gritar con ellos. Elevaban papelotes y reían alegremente al mirarlos tan arriba, mientras sus manos los sujetaban por el hilo. Hasta un niño que no tiene un año, se agitaba de alegría en los brazos de la madre.

En el paredón de enfrente, tapizado de musgo y enredaderas, había regueros de florecitas amarillas. En la hondura el río se alejaba; su agua parecía de fuego. Los zopilotes volaban muy